

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Crítica. Una pedagogía urbana en los veinte.

Bana, Oscar.

Cita:

Bana, Oscar (2009). *Crítica. Una pedagogía urbana en los veinte. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1361>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Crítica. Una pedagogía urbana en los veinte.

Bana, Oscar Pablo.

Cuerpo y ciudad. A grandes rasgos este el tema de la siguiente ponencia, la cual continúa el análisis iniciado en otros trabajos acerca del vespertino *Crítica*, sus discursos corporales y su influencia en el advenimiento de una cultura moderna en la década de 1920.¹ Pensar el cuerpo en la modernidad es pensar en una etapa histórica que trastoca las formas tradicionales de relación del hombre con su medio y su propia corporeidad. Con la modernidad asistimos al proceso de aparición y consolidación del hombre urbano y la ciudad como centro de la misma. Esta ponencia es el adelanto de una investigación que intentará acercarse a cierto tono de época, evidenciado en algunos contenidos de la prensa escrita del Buenos Aires del período de entreguerras que refieren la vida en la ciudad, los cuales parecen configurar lecciones de cómo aprestar y preparar a los cuerpos a la novedosa experiencia citadina. En esta oportunidad el foco de la atención se centrará en dos artículos aparecidos a mediados de la década del '20, los cuales constituyen un verdadero manifiesto de pedagogía urbana que señala que tipo de habitantes y de cuerpos requieren las grandes urbes modernas. Velocidad, circulación y ritmo nervioso son las características del “urbanita”, que de acuerdo a lo señalado por Georg Simmel resulta ser el personaje racional y calculador que se desarrolla en el ámbito de las ciudades de principios de siglo XX. Pero aún más. No solo se le demanda a ese hombre una ética propia de la racionalidad capitalista, sino que su propia fisiología marca la forma en que lo urbanistas de la modernidad planificaron el espacio. Esta es la original tesis del sociólogo Richard Sennet, el cual plantea que el surgimiento y la vida de las modernas urbes se rigen a partir de dos principios combinados. La teoría de la circulación sanguínea de William Harvey y el liberalismo económico de Adam Smith. Si pensar la combinación de ambos principios ya resulta sorprendente, lo es aún más

¹ Bana, Oscar Pablo (2006) El diario *Crítica* y la cultura física en la década de 1920. en Aisenstein, Ángela (compiladora) *Cuerpo y cultura. Prácticas corporales y diversidad*. Libros del Rojas. Buenos Aires. Bana, Oscar Pablo. *Crítica. Cuerpo y poder en la década de 1920*. Ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

observar como se manifiesta esa extraña relación en las páginas de un periódico de los años veinte. Todo esto demuestra el importante papel desempeñado por la prensa urbana escrita en el advenimiento de un cuerpo moderno, un cuerpo individualista, laico, pensado desde el dualismo cartesiano que lo condena a ser el sostén de la mente y analizado como una máquina que solo tiene por objeto el rendimiento en la acción motriz, señalando el carácter instrumental que la modernidad otorga a la existencia corporal. La paradoja de esta racionalización extrema es la de suponer que la urbe perfecta es aquella que prescinde de los peatones y de toda sustancia viviente que interrumpa el mecánico ritmo que la urgencia moderna reclama al espacio urbano.

Cuerpo y modernidad

La recurrencia a mencionar el calificativo de moderno a la hora de señalar las características de los cuerpos, los métodos utilizados para prepararlos a las supuestas exigencias de la vida cotidiana, o aún más, la intención modernizadora de los consejos prescritos por los periódicos, remiten inevitablemente a la idea de modernidad. Sin intentar dar cuenta aquí de lo que la modernidad representa como proceso histórico y social, sí se hará referencia a la concepción moderna del cuerpo, en cuyas fuentes podemos encontrar el origen y fundamento de muchas de las prácticas y los hábitos relativos al cuidado y la imagen corporal presentados por la prensa.

En principio, vale la pena señalar cómo se piensa la relación entre cuerpo y modernidad desde el campo de la filosofía. Si para Habermas la modernidad es un proyecto incompleto, dando cierta señal de que todavía se puede esperar su concreción, para Heller y Fehér, a tono con el desencanto posmoderno, es un proyecto incumplido: “La lista de las promesas que hizo la modernidad y nunca cumplió es notablemente larga. Si intentásemos compilar un inventario de ellas, a la cabeza de la lista figuraría con toda probabilidad el compromiso fáustico (aunque no de Goethe, sino de sus intérpretes) de un dominio completo de la naturaleza o, tal como lo formuló uno de los lectores más visionarios de Fausto, Karl Marx: obligar a ceder terreno a las barreras de la naturaleza. Seguimos teniendo, sin embargo, las mismas viejas dificultades que tuvieron nuestros ancestros para reprimir, silenciar y sublimar la «naturaleza en nosotros»; y nos enfrentamos además a la crisis ecológica exterior. Se hizo también la firme promesa de «planear» y «construir» una sociedad «racional», después de milenios de crecimiento meramente orgánico.” (Heller y Fehér, 1995: 6) Los autores señalan que una de las promesas incumplidas fue aquella que prometía liberar al cuerpo de sus ataduras morales y sus límites naturales. Más vida y vida más libre sería el porvenir de ese cuerpo moderno

que presencia tristemente la conformación de una esfera de saberes biopolíticos que constituyen nuevas y sutiles amarras. Aquí es donde se origina la concepción moderna del cuerpo, indispensable para comprender el estatuto corporal que se refleja en el presente trabajo.

¿Qué implica que el cuerpo sea moderno? ¿Con qué procesos se relaciona la aparición de la concepción moderna del cuerpo? Le Breton responde a estas cuestiones: “El cuerpo moderno pertenece a un orden diferente. Implica la ruptura del sujeto con los otros (una estructura social de tipo individualista), con el cosmos (las materias primas que componen el cuerpo no encuentran ninguna correspondencia en otra parte), consigo mismo (poseer un cuerpo más que ser su cuerpo). El cuerpo occidental es el lugar de la cesura, el recinto objetivo de la soberanía del ego. Es la parte indivisible del sujeto, el “factor de individuación” (E. Durkheim) en colectividades en las que la división social es la regla. Nuestras actuales concepciones del cuerpo están vinculadas con el ascenso del individualismo como estructura social, con la emergencia de un pensamiento racional positivo y laico sobre la naturaleza, con la regresión de las tradiciones populares locales y, también, con la historia de la medicina que representa, en nuestras sociedades, un saber en alguna medida oficial sobre el cuerpo.” (Le Breton, 2002: 8) El punto de partida para la aparición de la concepción moderna del cuerpo se ubica entre fines del siglo XVI y comienzos del XVII, para lo que fue necesario que se produjeran los siguientes acontecimientos:

- Romper con los valores sociales y morales medievales, sobre todo en lo referente a las ideas comunitarias.
- Las primeras disecciones anatómicas que diferenciaron al hombre de su cuerpo, que lo convirtieron en un objeto de investigación que ponía al descubierto la carne.
- El encuentro con la filosofía mecanicista de Descartes que consideraba al cuerpo como otra forma de la mecánica.
- Por último, la naciente sensibilidad individualista que entiende al cuerpo aisladamente del mundo que lo acoge y le da sentido, y del hombre al que le presta su forma.

Dos palabras definen a la concepción moderna del cuerpo, dualismo y maquinismo, ambas estrechamente vinculadas. La filosofía cartesiana refuerza la tradición judeo-cristiana que separa al cuerpo de la mente, resaltando la espiritualidad como aspecto sustantivo del hombre, confinando al cuerpo a constituir el lugar de lo perecedero y lo

pecaminoso. Este dualismo se combina con la concepción del cogito cartesiano, que fundamenta la existencia del hombre a partir del acto de pensar, reduciendo al cuerpo solo como un sostén de la mente. De esta manera se consuma la separación entre mente y cuerpo, dejando las funciones corporales como sostén o complemento de la actividad intelectual. Este dualismo va a posibilitar que el cuerpo se racionalice y se analice como mecanismo sobre el que se puede operar a fin de mejorar su rendimiento. Nuevamente Le Breton explica las consecuencias de este proceso: “El advenimiento del modelo mecanicista como principio de la inteligibilidad del mundo está asociado a la difusión de mecanismos de todo tipo a partir del siglo XVI, como por ejemplo la imprenta y el reloj, que le dan al hombre un sentimiento de poder sobre el mundo que antes era desconocido. Asimismo, la asimilación del cuerpo y de sus funciones a un esquema mecanicista supone la anterioridad de la construcción de autómatas ingeniosos que parecen bastarse a sí mismos en sus movimientos. La explicación matemática de los fenómenos naturales no evita la esfera de lo biológico. Lo vivo está subordinado al modelo de la máquina y se agota en éste por completo. Este modelo supone, también, nuevas prácticas sociales que la burguesía, el capitalismo naciente y su sed de conquista, inauguran. Una voluntad de dominio del mundo que sólo puede ser pensada a condición de generalizar el modelo mecanicista. Si el mundo es una máquina, está hecho a la medida del ingeniero y del hombre emprendedor. En cuanto al cuerpo, razonable, euclidiano, está en las antípodas de la *hybris*, cuerpo secuencial, manipulable, de las nuevas disciplinas, despreciado en tanto tal, lo que justifica el trabajo segmentario y repetitivo de las fábricas en las que el hombre se incorpora a la máquina sin poder, realmente, distinguirse de ella. Cuerpo despojado del hombre, que puede ser pensado, sin reticencias, a partir del modelo de la máquina.” (Le Breton, 2002: 75) Aparece, entonces, el otro elemento esencial para este proceso. Suponer al mundo como una máquina permite someterlo a la lógica del ingeniero y del matemático. Suponer al cuerpo como una máquina posibilita imponerles criterios de rendimiento propios del naciente capitalismo, y adaptar a esos cuerpos al futuro sistema industrial. Una concepción corporal racionalista a fin de racionalizar las conductas. Pero, ¿es suficiente el cambio de las representaciones sociales del cuerpo para racionalizar las conductas corporales? Entendiendo que éstas son el producto de una transformación de las condiciones sociales de la época en donde se inscriben, se necesita crear un entramado institucional que modele y someta a esos cuerpos. En este momento, se inserta la

teoría de Foucault acerca de la sociedad disciplinaria: “El gran libro del Hombre-máquina ha sido escrito simultáneamente sobre dos registros: el anatómico-metafísico, del que Descartes había compuesto las primeras páginas y que los médicos y los filósofos continuaron, y el técnico-político, que estuvo constituido por todo un conjunto de reglamentos militares, escolares, hospitalarios, y por procedimientos empíricos y reflexivos para controlar o corregir las operaciones del cuerpo. Dos registros muy distintos ya que se trataba aquí de sumisión y de utilización, allá de funcionamiento y de explicación: cuerpo útil, cuerpo inteligible; Y, sin embargo, del uno al otro, puntos de cruce. *L'Homme-machine* de La Mettrie es a la vez una reducción materialista del alma y una teoría general de la educación, en el centro de las cuales domina la noción de “docilidad” que une al cuerpo analizable el cuerpo manipulable. Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado.” (Foucault, 2002: 140) El capitalismo necesitará un cuerpo dócil, maleable, adaptable y educable. Foucault lee magistralmente dos registros. Si por un lado el pensamiento filosófico y científico concibe un cuerpo analizable, son las técnicas disciplinarias las que modelan en la Edad Moderna un cuerpo dócil y maleable. Precisamente las referencias al poder y al disciplinamiento son temas del análisis que continúa.

Los estudios sociales del cuerpo se orientan en la década del setenta hacia la problemática de la relación entre cuerpo, poder y control social. “La cuestión del poder, y especialmente de la acción política sobre la corporeidad con vistas al control del comportamiento del actor, fue un dato central de la reflexión de las Ciencias Sociales en los años setenta.” (Le Breton, 2002: 83)

Más allá de las perspectivas marxistas acerca de la centralidad del aparato estatal como instancia de dominación social, se considera que la aparición de *Vigilar y Castigar* produce una ruptura epistemológica en el análisis de estos temas. Foucault señala que las sociedades occidentales inscriben a sus miembros en las mallas cerradas de una red de relaciones que controla sus movimientos. Son las denominadas sociedades “disciplinarias”, en donde lejos de encontrar su centro de irradiación en el poder de un aparato o de una institución a imagen del estado, la disciplina dibuja un nuevo tipo de relación, un modo de ejercicio del poder, que atraviesa instituciones de diversa índole (escuelas hospitales, hospicios, cárceles, etc.) y las hace converger en un sistema de sumisión y eficacia. Tres son los principios que rigen en todas estas instituciones que modelan cuerpos y conductas: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el

examen. Son los principios de existencia en esas instituciones y la manera de controlar a los cuerpos. El dispositivo disciplinario favorece el control del espacio (panóptico, principio de la observación permanente) y el tiempo (taylorismo como principio, Chaplín como metáfora), constituyendo políticas que organizan las modalidades corporales a partir de tecnologías puntillosas del cuerpo, políticas del detalle, medio de control de las clases dominantes. Son “microfísicas” del poder que no se conciben como propiedad, sino como estrategias, y sus efectos de dominación no son atribuidos a una apropiación sino a disposiciones, maniobras, tácticas y funcionamientos. El poder no es un privilegio que puede cambiar de manos como si fuera un instrumento, es un sistema de relaciones y de imposición de normas. Estas disciplinas se instauran como fórmulas de dominación para producir la eficacia y la docilidad de los actores, a través de un cuidado meticuloso de la organización de la corporeidad en el tiempo y el espacio.

¿Se relacionan los discursos acerca del cuerpo que se encuentran en *Crítica* con este poder disciplinario? En la obra de Foucault se diferencian dos modalidades de ejercer el poder disciplinario, las compactas y las blandas.

Las compactas se refieren a instituciones unitarias de enclaustramiento de los cuerpos, tales como la fábrica, la prisión, la escuela, etc. en donde se encuentran, especialmente concentradas, las distintas tecnologías de micropoder de fabricación de los cuerpos.

Sin embargo, las disciplinas también operan en un nivel más difuso, fuera del ámbito de las instituciones. Las formas blandas no actúan sobre los cuerpos individuales sino sobre las poblaciones, las masas, los contingentes. Políticas que se dirigen a las multitudes que surgen en las urbes modernas. La filantropía, las cooperativas de asistencia, las sectas, son macropolíticas que actúan sobre la moral, la conducta y los cuerpos de las poblaciones. (Nievas, 1998: 78-80)

Se puede entender que la difusión de los consejos higienistas y las prácticas gimnásticas que realiza *Crítica* son una modalidad de estas macropolíticas de las poblaciones.

Crítica. Cuerpo y ciudad.

A lo largo de la década de 1920, *Crítica* publica una multiplicidad de artículos que refieren al cuerpo y a sus representaciones sociales. El cuerpo aparece reflejado a través de la salubridad, la estética, las prescripciones higiénicas, la urbanidad, la vivienda pública, los métodos gimnásticos, las publicidades de ropa, los medicamentos, los tónicos, etc.

En el contexto cultural señalado, *Crítica* difunde ideas relativas a la relación entre cuerpo y ciudad que reclaman ser atendidas.

¿Por qué pensar el tema de la ciudad? En principio, porque en su mosaico se reflejan, y se comprenden, muchos de los fenómenos sociales, incluido el de las representaciones del cuerpo. “Dicho en otros términos, la ciudad es el hormigueo humano con historias grupales, heterogeneidades, identidades y cotidianeidad presente. Y, también, por supuesto, es ciudad lo construido, lo objetivado muy visible en monumentos, documentos y, tal vez más opaco en cuanto a su visibilidad, lo constituido por los usos sociales, las normas, las instituciones.” (Entel, 1996: 22) Pero pensar la ciudad es pensar la modernidad, que se manifiesta de manera privilegiada en ella. Oscar Terán imagina a la modernidad “como un dispositivo que se conoce por sus efectos sobre la ciudad”. (Terán, 1997, 124) Además, la ciudad en el mundo, y sobre todo en América Latina, representa a la modernidad y su proyecto modernizador, valores a los que *Crítica* adhiere. “Debatir lo moderno en América Latina es debatir la ciudad: la ciudad americana no sólo es el producto más genuino de la modernidad occidental, sino que, además, es un producto creado como una máquina para inventar la modernidad, extenderla y reproducirla. Así fue concebida durante la Colonia, primero, para situar los enclaves desde donde producir el territorio de modo moderno; en las repúblicas independientes, después, para imaginar en esos territorios las naciones y los estados a imagen y semejanza de la ciudad y su ciudadanía; en los procesos de desarrollo, hace tan poco tiempo, para usarla como "polo" desde donde expandir la modernidad, restituyendo el continuo rural-urbano según sus parámetros, es decir, dirigidos a producir hombres social, cultural y políticamente modernos.” (Gorelik, 2006: 1)

¿Cómo influye el medio urbano en la conformación del hombre moderno? Fundamentalmente, insertándolo en una compleja trama en donde la modernidad como ethos de una época se concreta en realizaciones materiales evidentes. Gorelik recupera la idea de Marshall Berman definiendo a la modernidad como “la dialéctica entre la modernización -los procesos duros de transformación, económicos, sociales, institucionales- y el modernismo -las visiones y valores por medio de los cuales la cultura intenta comprender y conducir esos procesos-;” (Gorelik, 2006: 3) En el Buenos Aires de la década del veinte el impulso modernizador se refleja en un paisaje urbano que se expande y se va transformando, dándole sentido al clima cultural de la época, de amplia adhesión al modernismo y a sus promesas transformadoras. Tanta es la transformación material urbana que muchos de los símbolos característicos de la ciudad fueron barridos por el avance afiebrado del progreso. Esto despertó la amarga reflexión de miembros de las elites políticas y culturales de la ciudad, que se cohesionan detrás de

una recuperación historicista que encontrará su lugar una década más tarde, de la mano de un nacionalismo restaurador que se propone recuperar los monumentos del pasado nacional (ejemplo de esto es la reconstrucción del Cabildo para su posterior declaración como monumento histórico en el año 1933). Pero los años veinte no dan lugar a restauraciones, solamente a la emergencia de ciertas voces amargas, como la de Enrique Larreta, quien en 1929 enumera lo perdido al observar la Plaza de Mayo: “No existe el Fuerte. Del Cabildo no queda sino un muñón desfigurado y absurdo. Desapareció la Recova. Ya que nada de eso debía perdurar, bien pudo ponerse tan poco de previsión patriótica y proyectarse algún noble conjunto que lo reemplazara. No era una plaza cualquiera: era la plaza principal, la plaza mayor, la plaza histórica de Buenos Aires. Su ágora, su foro, su proscenio. Digan las personas que han viajado si vieron en alguna parte nada tan monstruos como ese desbarajuste, nada que pueda dar idea menos favorable de los habitantes de una ciudad. (Gorelik, 2004, 333-334) Pero en los veinte, lo perdido aun no se añoraba, pues el deslumbramiento de la ciudad futura no daba lugar a tales sentimientos. *Crítica* refuerza este estado de cosas. En su prédica modernista no podían estar ausentes ciertas reflexiones referidas los espacios urbanos. Merece atenderse no solo el tono de los artículos seleccionados, sino el hecho de que en su tratamiento abrevan dos tópicos característicos de la vida en las grandes urbes: la velocidad y la circulación.

En un breve artículo publicado en el año 1926 se presenta a la ciudad del futuro, boceto tomado de una publicación alemana. Sin profundizar acerca del tema del futuro, tan caro a las vanguardias artísticas a las que *Crítica* acoge tan favorablemente, varios son los aspectos que merecen ser destacados.



Figura 6: Crítica. La ciudad en el futuro. 25 de diciembre de 1926. P. 12

Aquí tenemos una mirada del porvenir urbano, materialización plena de la dialéctica entre modernización y modernismo. La modernidad a pleno. Ciudad racional, de líneas rectas y atmósfera austera, tecnológica por donde se la mire. El cuerpo está ausente. No se ven peatones (ya nos ocuparemos de ellos). Todos rascacielos y autopistas. Futuro cercano de una urbe que se está transformando y ve ampliar su trama. Pero si la ilustración no es lo suficientemente clara, el texto del artículo se encarga de reforzar estas ideas. “¿Estamos lejos de lo que el autor de este bosquejo considera como una utopía? Es muy probable que no.² A simple vista, se resalta el tema de la velocidad. Efecto del dibujo, la ciudad futura es una ciudad veloz. Ya a principios del siglo XX Georg Simmel define al tipo de individualidad “urbanitas” a partir del acrecentamiento de la vida nerviosa producida por la gran urbe y su tiempo distinto, un tiempo que contrasta con el del medio rural o el pequeño poblado.

Pero el tema de las autopistas que se observan y los vehículos que las transitan merecen un tratamiento detallado, no solo en los aspectos referidos a la velocidad, pues son manifestación de una de las preocupaciones más importantes de los planificadores urbanos desde la ilustración, el tema de la circulación. “...se han suprimido los pasos a nivel y los cruzamientos se verifican por medio de pasajes superiores e inferiores.”

² Crítica. La ciudad en el futuro. 25 de diciembre de 1926. P. 12

(Crítica, 25-12-1926: 12) Nuevamente la atención en el boceto permite observar que las calles y autopistas se presentan como una red en la que no hay puntos de encuentro, como si fuera una metáfora del cuerpo humano, con sus arterias y sus venas. Precisamente, a este tema se hará referencia. El concepto de la circulación es clave en la original hipótesis del sociólogo Richard Sennet, quien plantea que el espacio urbano contemporáneo surge de la conjunción de dos grandes teorías que revolucionan el mundo actual. Por un lado, la concepción moderna del cuerpo, fundamentalmente el descubrimiento de la circulación sanguínea de William Harvey. Por otro lado, la teoría económica liberal de Adam Smith, que veía en la circulación sin frenos una condición de posibilidad de la generación de riqueza, que en el plano urbano tiene su correlato en el individualismo. “El individuo moderno es, por encima de todo, un ser humano móvil.” (Sennet, 1997: 273-274). La preocupación primordial pasa por el tránsito y el problema de la circulación, que acompaña la inquietud por la velocidad, configurando un tipo urbano disminuido en la percepción sensorial, desinteresado por los lugares o la gente. Toda conexión visceral profunda con el entorno amenaza con atar a un individuo que precisa libertad y celeridad para transitar. “Hoy, cuando el deseo de moverse con libertad ha triunfado sobre los estímulos sensoriales del espacio en el que se desplaza el cuerpo, el individuo móvil contemporáneo ha sufrido una especie de crisis táctil: el movimiento ha contribuido a privar el cuerpo de sensibilidad. Este principio general se ha hecho realidad en las ciudades sometidas a las necesidades del tráfico y del movimiento individual rápido, ciudades llenas de espacios neutrales, ciudades neutrales que han sucumbido al valor dominante de la circulación”. (Sennet, 1997: 274) Las consecuencias de esta realidad son claras: “la circulación considerada como un valor de la medicina y de la economía ha creado una ética de la indiferencia.” (Sennet, 1997: 275) De esta manera, la ciudad emerge como proyecto moderno en donde el planificador urbano, desde la ilustración, convertirá al movimiento en un fin en sí mismo. Inclusive, estos planificadores que intentan ordenar el tránsito urbano aplican los términos de venas y arterias para referirse a calles y avenidas, utilizando como metáfora la circulación sanguínea descubierta por Harvey en 1628. (Sennet, 1997: 282) Vale la pena señalar que aun hoy esta metáfora se utiliza para referirse al tránsito urbano. “El problema de la circulación”, así enunciado, no podía estar ausente en *Crítica*. En el año 1923 publica con ese título una historieta de ocho cuadros en donde se hace referencia a ese tema. Se analizarán los contenidos del artículo.



Figura 7: Crítica. El problema de la circulación, por Henriot. 17 de diciembre de 1923. P. 8.

Si ya el título del artículo resulta revelador y asombrosamente coincidente con la temática abordada por Sennet, la lectura de los textos que acompañan a las ilustraciones lo son aun más:

“Cuadro 1: Es preciso considerar el problema en sus fundamentos, y no pudiendo disminuir el número de los carruajes, hay que disminuir el número de peatones. ¿Qué es un peatón? Un bicho común que camina a pie. Hay tres especies: El hombre, la mujer y el niño.

Cuadro 2: Entre las categorías de peatones hay que recordar al que pasea, al distraído, al desocupado...

Cuadro 3: Al que anda con un fin determinado: el empleado, el funcionario que va a su oficina (¡Cuántas inutilidades!)

Cuadro 4: ...el extranjero, clase numerosa en la que hay que distinguir a los ricos, que traen sus libras, sus dólares, sus florines o sus pesos y a los que se limitan a visitar los monumentos y a contemplar las estatuas.

Cuadro 5: Los que estorban, de uno y otro sexo, los que llevan bultos, los verduleros ambulantes, las señoritas de aspecto sospechoso, las nodrizas con sus críos... ¡Caramba! Son demasiado... ¿Por eso propongo...

Cuadro 6: ...Que por las calles de importancia solo se permita circular a los que realmente tengan algo que hacer en ellas; se les proveerá de “permisos de circulación”, permanentes o temporarios.

Cuadro 7: Solo las personas que tengan tales permisos podrán circular por las veredas, en fila india, en una dirección uniforme, y a razón de 70 centímetros por segundo.

Cuadro 8: De esta manera veremos que disminuyen infinitamente los accidentes, los autos circularán tranquilamente para alivio de los pobres agentes de tránsito que tienen que detenerlos cada tres minutos para facilitar a los peatones el paso del Mar Rojo...”³

Es evidente que la lectura del texto de la historieta resulta suficientemente aleccionador acerca de cómo *Crítica* intenta transmitir una mirada de la urbe coincidente con lo señalado por Sennet en las representaciones sociales urbanas. La circulación como valor supremo se impone, aún a costa de suprimir a los peatones, que son vistos como una rémora de un pasado inútil, salvo aquellos que tengan el dinero suficiente para ser considerados de otra manera. Pero esto no es lo más sorprendente. El peatón debe ser un autómatas que camine ¡setenta centímetros por segundo!, autómatas urbano, ser insensible mencionado por Sennet que no debe tener ningún tipo de compromiso sensorial con el paisaje. Todo lo demás es inutilidad. Cuerpo insensible, cuerpo autómatas, cuerpo inútil, o aún peor, obstáculo para el ritmo que demanda la urbe moderna, que solo acepta a aquel que puede caminar setenta centímetros por segundo. Agudo analista de esos fenómenos, Simmel observaba que la vida en la ciudad se estaba convirtiendo en un cálculo cotidiano: “El espíritu moderno se ha convertido cada vez más en un espíritu calculador. Al ideal de la ciencia natural de transformar el mundo en un ejemplo aritmético, de fijar cada una de sus partes en fórmulas matemáticas, corresponde la exactitud calculante a la que la economía monetaria ha llevado la vida práctica;” (Simmel, 1986: 250). Ese espíritu moderno está inscripto en los dos artículos analizados, que se constituyen en verdaderos paradigmas de una pedagogía urbana que *Crítica* difunde en los veinte.

Para finalizar, si se puede imaginar a la modernidad como un dispositivo que se conoce por sus efectos sobre la ciudad (Oscar Terán, 1997), ¿por qué no calificar a estas pedagogías de la vida urbana como un fenómeno típicamente moderno al observar sus efectos sobre los cuerpos?, ¿por qué no suponer que esos cuerpos calculadores, insensibles e inquietos son un producto típico de la modernidad? Por último, ¿Por qué

³ *Crítica*. El problema de la circulación, por Henriot. 17 de diciembre de 1923. P. 8.

no suponer que los medios de comunicación funcionaron como legítimos pedagogos del orden social que demandan las ciudades y las economías modernas?

Bibliografía

Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2004) *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Espacio Editorial, Buenos Aires..

De Castro, Ana Lucía (1998) “Culto al cuerpo, modernidad y medios de comunicación.” *www.efdeportes.com/ Revista Digital*. Buenos Aires. Año 3. N° 9.

Entel, Alicia (1996) *La ciudad bajo protesta. Comunicación y protesta urbana*. Paidós. Buenos Aires.

Foucault, Michel (1992) *Microfísica del poder*. Las ediciones de La Piqueta, Madrid.

Foucault, Michel (2002) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo veintiuno editores Argentina, Buenos Aires.

García, Raúl (2000) *Micropolíticas del cuerpo. De la conquista de América a la última dictadura militar*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

Gorelik, Adrián (2004) *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial. Buenos Aires.

Gorelik, Adrián (2006) “Lo moderno en debate: ciudad, modernidad, modernización.” *Bazaramericano.com*

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis (1995) *Sectores populares, Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra*. Sudamericana, Buenos Aires.

Habermas, Jürgen (1984) “Modernidad: un proyecto incompleto.” Pag. 27 a 31. *Punto de vista. Revista de cultura*. Año VII. N° 21.

Heller, Agnes y Fehér, Ferenc (1995) *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Ediciones Península, Barcelona.

Le Breton, David (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Le Breton, David (2002) *La sociología del cuerpo*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Mauss, Marcel (1979) *Sociología y Antropología*. Editorial Tecnos, Madrid.

Nievas, Flabián (1998) *El control social de los cuerpos*. EUDEBA, Buenos Aires.

Saítta, Sylvia (1998) *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Sudamericana, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (1997) *La imaginación técnica*. Nueva Visión, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (2003) *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Nueva Visión, Buenos Aires.

Sennet, Richard (1997) *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial. Madrid.

Simmel, Georg (1986) *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Ediciones Península. Barcelona.

Terán, Oscar (1997) “Modernos intensos en los veintes”, *Prismas. Revista de historia intelectual*. Año 1, N° 1. Buenos Aires.